Sede Apostólica
Santo Padre
*Benedicto XVI*

**Mensaje**

Jornada Mundial de las Misiones 2012

# «Llamados a hacer resplandecer la Palabra de verdad» (Carta Apostólica "Porta fidei", 6)

21 de octubre de 2012

---

Queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la Jornada Misionera Mundial de este año adquiere un significado especial. La celebración del 50º Aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II, la apertura del Año de la fe y el Sínodo de los Obispos sobre la nueva evangelización, contribuyen a reafirmar la voluntad de la Iglesia de comprometerse con más valor y celo en la misión *ad gentes*, para que el Evangelio llegue hasta los confines de la tierra.

El Concilio ecuménico Vaticano II, con la participación de obispos procedentes de todos los rincones de la tierra, fue un signo luminoso de la universalidad de la Iglesia, al reunir por primera vez a tantos padres conciliares procedentes de Asia, África, Latinoamérica y Oceanía. Obispos misioneros y obispos autóctonos, pastores de comunidades dispersas entre poblaciones no cristianas, que llevaron a las sesiones del Concilio la imagen de una Iglesia presente en todos los continentes, y que eran portavoces de

encargo de anunciar el Evangelio en todas las partes de la tierra incumbe principalmente a los obispos, primeros responsables de la evangelización del mundo, ya sea como miembros del colegio episcopal o como pastores de las Iglesias particulares. Ellos, efectivamente, «*han sido consagrados no solo para una diócesis, sino para la salvación de todo el mundo*» (*Redemptoris missio*, 63), «*mensajeros de la fe, que llevan nuevos discípulos a Cristo*» (*Ad gentes*, 20) y hacen «*visible el espíritu y el celo misionero del pueblo de Dios, para que toda la diócesis se haga misionera*» (ibíd., 38).

## 2. Prioridad de evangelizar

Para un pastor, pues, el mandato de predicar el Evangelio no se agota en la atención a la parte del pueblo de Dios cuyo cuidado pastoral le ha sido confiado, o en el envío *fidei donum* de algún sacerdote, laico o laica. Debe implicar a todas las actividades de la Iglesia local, todos sus sectores y, en resumidas cuentas, todo su ser y su trabajo. El Concilio Vaticano II lo indicó con claridad, y el Magisterio posterior lo ha reiterado con vigor. Esto implica adecuar constantemente estilos de vida, planes pastorales y organizaciones diocesanas a esta dimensión fundamental del ser Iglesia, especialmente en nuestro mundo en continuo cambio. Y esto vale también tanto para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, como para los movimientos eclesiales: todos los componentes del gran mosaico de la Iglesia deben sentirse fuertemente interpelados por el mandamiento del Señor de predicar el Evangelio, de modo que Cristo sea anunciado por todas partes. Nosotros los pastores, los religiosos, las religiosas y todos los fieles en Cristo debemos seguir las huellas del apóstol Pablo, quien, «*prisionero de Cristo por los gentiles*» (Ef 3,1), trabajó, sufrió y luchó para llevar el Evangelio entre los gentiles (cf. Col 1,24-29), sin ahorrar energías, tiempo ni medios para dar a conocer el mensaje de Cristo.

También hoy, la misión *ad gentes* debe ser el horizonte constante y el paradigma en todas las actividades eclesiales, porque la misma identidad de la Iglesia está constituida por la fe en el misterio de Dios, que se ha revelado en Cristo para traernos la salvación, y por la misión de testimoniarlo y anunciarlo al mundo hasta que Él vuelva. Como Pablo, debemos estar atentos a los que están lejos, aquellos que no

A este respecto, dice san Agustín: «*Después de haber acogido en el corazón a Cristo Señor, ¿qué otra cosa hubiera podido hacer (esta mujer) sino dejar el cántaro y correr a anunciar la buena noticia?*» (*In Ioannis Ev.*, 15, 30).

El encuentro con Cristo como Persona viva que colma la sed del corazón, no puede dejar de llevar al deseo de compartir con otros el gozo de esta presencia y de hacerla conocer, para que todos la puedan experimentar. Es necesario renovar el entusiasmo de comunicar la fe para promover una nueva evangelización de las comunidades y de los países de antigua tradición cristiana, que están perdiendo la referencia de Dios, de forma que se pueda redescubrir la alegría de creer. La preocupación por evangelizar nunca debe quedar al margen de la actividad eclesial ni de la vida personal de los cristianos, sino que ha de caracterizarla de manera destacada, con la conciencia de ser destinatarios y, al mismo tiempo, misioneros del Evangelio. El punto central del anuncio sigue siendo el mismo: el kerigma de Cristo muerto y resucitado para la salvación del mundo; el kerigma del amor de Dios absoluto y total por cada hombre y cada mujer, que culmina en el envío del Hijo eterno y unigénito, el Señor Jesús, quien no rehusó compartir la pobreza de nuestra naturaleza humana, amándola y rescatándola del pecado y de la muerte mediante el ofrecimiento de sí mismo en la cruz.

En este designio de amor realizado en Cristo, la fe en Dios es ante todo un don y un misterio que hemos de acoger en el corazón y en la vida, y por el cual debemos estar siempre agradecidos al Señor. Pero la fe es un don que se nos ha dado para ser compartido; es un talento recibido para que dé fruto; es una luz que no debe quedar escondida, sino iluminar toda la casa. Es el don más importante que se nos ha dado en nuestra existencia, y no podemos guardárnoslo para nosotros mismos.

## 4. El anuncio se transforma en caridad

«*¡Ay de mí si no evangelizase!*», dice el apóstol Pablo (1Co 9,16). Estas palabras resuenan con fuerza para cada cristiano y cada comunidad cristiana en todos los continentes. También en las Iglesias en